

Nacido en Madrid, reside actualmente en Pamplona, donde cursa estudios de Medicina. Escribe relatos y guiones cinematográficos en los que el mundo médico y la universidad son escenarios recurrentes.

**David García Lou**

(Madrid, España)

Quinto Accésit del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

## **PALABRAS SOBRE PAPEL**

Se me cayó el teléfono dentro del paciente. Así empezó todo. Así fue como pasé de ser un alumno ignorado en el quirófano de cirugía cardíaca a lo que ahora soy. Así dejé de ser ese obstáculo junto al paciente que dificultaba el trabajo del anestesista en la mesa de operaciones. Y así dejé de ser el enmascarado-chico-de-los-recados al que los cirujanos piden que avise a los camilleros. Toda la atención que había intentado recibir haciendo preguntas sobre arterias y nunca prestaron, la gane en un instante. Un instante que transformó mi vida.

Habían terminado de abrir el esternón y la circulación extracorpórea estaba preparada para empezar a funcionar. Como cada día, yo miraba



desde un alfiler metálico de dos escalones, asomándome como un perrillo que olisquea por encima de la cabeza del paciente. Inclinado hacia delante, colaba mi cabeza de sabueso entre los cables de los sueros y no perdía detalle del quehacer robótico de los cirujanos. Mientras mantenía ese equilibrio inestable, sólo pensaba en que tenía por delante cuatro horas en las que nadie hablaría conmigo. Cuatro horas en las que debería permanecer en esa misma posición para no molestar. Fue entonces cuando me vibró el teléfono móvil que no debía haber llevado encima. Lo saqué discretamente del bolsillo anterior de mi casaca verde y lo desbloquéé como pude junto a mi tripa. Navegué casi sin mirar por los menús para llegar a la bandeja de entrada. Mientras se estaba abriendo el mensaje recibido me flojeó la pierna derecha. Probablemente ocurrió por el insuficiente desayuno y el café aguado que había tomado a las siete de la mañana. Resbalé del escalón. Yo caí sobre la espalda del anestesista que en ese momento hacía garabatos con su bolígrafo sobre un diario deportivo, y mi móvil, catapultado involuntariamente por el movimiento de mis manos, se deslizó por las mantas estériles a modo de tobogán. Sin que nadie pudiera evitarlo y ante la mirada atónita de todos los presentes, el móvil concluyó su recorrido dentro de la herida quirúrgica.

Lo siguiente que recuerdo es la silueta amenazante de los cirujanos perfilada por los potentes focos de la sala de operaciones. Ellos mirándome y gritando, las enfermeras jurando en arameo y el anestesista, que también me había ladrado, desconcentrado de su sudoku.

Las consecuencias de este incidente fueron por fortuna más graves para mí que para la paciente. A pesar de los años que había estado ese

teléfono en mi bolsillo, con las condiciones adecuadas para cultivar todo tipo de organismos, no transmitió ninguna infección a la mujer.

Desde ese mismo día, yo quedé vetado y me prohibieron aparecer por los quirófanos, por los lugares donde hubiera pacientes o material inflamable, por la lavandería del hospital e incluso por la cafetería. Me condenaron a olvidar a los enfermos y a volver a la medicina que había practicado en los tres primeros años de carrera: de nuevo volvía a estar solo ante los libros, solo ante los datos y el conocimiento teórico. No importó que hasta ese día hubiera sido un buen alumno en clase. Fue imposible convencer a nadie de que mi mayor deseo era llegar a ser un buen médico.

Me sobrepuse al abatimiento inicial con el recuerdo de una frase que había leído en la pared de un antiguo laboratorio de fisiología en París: "Estudiar es el mayor acto de amor y respeto al paciente".

Intenté olvidar todo lo ocurrido y para eso empecé a memorizar todos los libros de que disponía. Al principio ocho horas diarias y luego doce. Primero deje de ir a la Facultad para sacar más horas de estudio y poco después, con ese mismo objetivo, cambié los hábitos alimenticios: reduje el número de comidas a un desayuno fuerte y un caldo de supermercado por las noches. La limpieza de mi pequeño apartamento de una habitación pasó a un segundo plano. Comenzó una competición en la que yo mismo me intentaba batir para sacar más horas de estudio. Esto empezaba a ser mucho más estimulante que intentar destacar delante de los cirujanos para mendigar un poco de su conocimiento. Me sentía que absorbía todos los datos y que mi cabeza comprendía las patologías de



una manera global. Pormenorizaba en todos los detalles de todos los terrenos y no dejaba sin comprender ni un pequeño dato. Cuanto más sabía, más fácil se me hacía aprender.

Pero llegó un día en que volví a necesitar a los pacientes. El conocimiento era muy satisfactorio por sí mismo pero necesitaba depositarlo en alguien. El saber médico está para cambiar a mejor el curso de una enfermedad, de un proceso patológico; para transformar el desarrollo y desenlace de la historia que te cuenta un paciente.

Esos pacientes que necesitaba los saqué de las estanterías de mi casa. Empecé a leer todas las novelas que tenía guardadas. Imaginaba que venían los personajes a mi cuarto con la situación personal que describía el libro y con algunos síntomas que yo inventaba. Así pude mezclar la parte de la medicina que aparece en los libros de texto, con la parte que hay en los hospitales, la que yo echaba en falta, la de enfermedades concretas en personas concretas.

Con este nuevo trabajo no sacaba más de dos horas de reposo al día y el resto lo pasaba en mi mesa leyendo y subrayando. Cuando ya no podía más, y esto venía a ser cada tres o cuatro días, me dejaba dormir y descansaba todo lo que mi cuerpo pidiese. Después, otra vez a la carga.

Me pasaba horas y horas escribiendo historias, problemas y soluciones para mis pacientes. A Don Quijote le atendí como psiquiatra y también como traumatólogo, pues las palizas que le propinaron unos y otros al Caballero de la Triste Figura le habían dejado más de un hueso averiado. Al señor Crusoe le curé ciertas heridas infectadas en las palmas de las

manos y Tom Sawyer fue intervenido de urgencia, con mucho éxito, tal y como queda explicado y probado en el protocolo operatorio que minuciosamente redacté, de una apendicitis a punto de perforarse. Las situaciones personales de cada uno de ellos eran mucho más complejas de lo que aparecían descritas en la novelas y yo me encargué de redactarlas. Era frenético mi trabajo. Copiaba de los libros de texto listas de síntomas que el paciente podía tener, hacia diagnóstico diferencial con cientos de enfermedades y luego seguía escribiendo las vidas de mis pacientes. Esto sí que era dedicación absoluta al enfermo y me hacía sentir bien. El trabajo intelectual me hacía sentir verdaderamente despierto, con el cerebro en la máxima actividad que había tenido en mi vida.

Al cabo de varios meses habían pasado los exámenes finales y yo no me había presentado. Hubiera sido fácil aprobar, tenía todos los datos en la cabeza, pero no quise distraerme con el trámite de certificar mis conocimientos.

Tenia miles de folios escritos, cientos de cuentos e historias sobre cada personaje y empecé a dudar que todo aquello hubiera salido de mi cabeza. Lo que más me impactaba, cuando releía aquellos folios, era que los personajes estaban abiertos en canal. Había descrito todos sus sentimientos, pensamientos, antecedentes personales al detalle y había pormenorizado y razonado todas las causas de sus conductas y sus síntomas.

Sentía que había conseguido crear vidas, tan complejas y llenas de sentimientos como las reales, había conseguido dejar plasmada en una



historia clínica al paciente entero. Todo lo que el paciente era estaba en el folio. Y yo me sentía bien entre ellos.

Entonces supe que solo me faltaba una historia por escribir. Me encerré en el cuarto de nuevo y desgasté el lapicero. Así llegue a ser lo que en la actualidad soy . Así fue como me convertí en papel. Palabras sobre papel.